

EL BESO

- Es mi primer día de clase y estoy cagado - se dijo Rodrigo mientras se vestía.
- ¡Baja Rodrigo, que tenemos prisa! Venga que ya tienes el desayuno

Rodrigo desayunó lo más rápido que pudo y se montó en el coche. Era su primer día en el instituto del nuevo barrio y no conocía a nadie.

- Venga, ya hemos llegado, recuerda: la primera impresión es la que cuenta.
- - Adiós mamá.

Rodri bajó del coche y empezó a andar hacia la cancela. Parecía invisible entre tanta gente saludándose y a él sin que le echase cuenta nadie. En estos momentos echaba de menos el antiguo instituto de su ciudad. Entró y le preguntó a un profesor donde estaba su clase y se dirigió hacia ella con el pensamiento de sentarse en el último sitio de la clase. Miró el reloj y todavía eran las ocho y veinte, faltaban diez minutos, lo tenía todo bajo control,

Ya veía la clase. Entró y se encontró a otro chico sentado en uno de los últimos sitios, se saludaron y Rodrigo se sentó a su lado.

- Hola, soy Rodrigo.
- Hola, yo, Javier.

Después de esto se hizo un incómodo silencio y volvió a ser Rodrigo el que empezase una conversación.

- Mmmh..., ¿tú también eres nuevo?
- Sí.

Dieron las ocho y media y los demás alumnos fueron entrando en las aulas, los saludaron a los dos y a lo largo de las cuatro clases anteriores al recreo fueron conociéndolos.

En el recreo se fueron con Carlos, con José Luis, con Gaby, con Flavio, con Lucía, con Rocío, con Gema, con Marta y con Clara. Era un grupo de amigos muy simpático, pero los nuevos estaban un poco cortados y aunque estaban con el grupo hacían un poco de pandilla porque claro, eran los nuevos. En ese recreo cogieron confianza y desde ahí fueron amigos, quedaron esa tarde para ir a casa de Javier para probar un juego de ordenador.

Años después...

- ¿Eso fue con catorce o quince años años?, Rodrigo.
- Con catorce para quince, en tercero. ¡Pero vanga, qué se hace tarde!
- ¡Hablas como mi madre!
- Ja, ja, ¡qué gracioso! Venga que no llegamos, hemos quedado en la puerta del Pachá a y cuarto y son menos cuarto.

Les llevó a la discoteca la madre de Rodrigo, después volverían en taxi.

- Ya era hora.
- ¡Hay Javi! No hemos podido llegar antes.
- Venga, vamos dentro. ¿Estamos todos?
- Síiiiiiiii...

Estuvieron todos celebrando el cumpleaños de Rodrigo, dieciocho.

Bebieron unas copas y en medio del baile, Rocío fue a darle su regalo a Rodri, se enrollaron, aunque él se enteró de poco y casi no sintió nada.

A la hora de irse, se despidieron todos hasta el día siguiente. Rodrigo esa noche iba a dormir en casa de Javier. Aunque estaban cansados estuvieron hablando un rato y recordaron el primer día de clase, las novias, las travesuras, las pellas, ... Eso sí, todo, desde el primer día, lo hacían juntos.

A la mañana siguiente se levantaron tarde, hacía buen tiempo así que decidieron bañarse en la piscina pero como estaban solos decidieron hacerlo como unos señores. Fueron a la cocina, se pusieron unas cervezas muy frías, sacaron fuera las tumbonas, las sombrillas, la mesita... Lo primero que hicieron fue tirarse a la piscina, allí empezaron a ahogarse uno al otro como dos niños chicos. De repente el tiempo se paró y sin saber cómo... se besaron.

- Tío, ¿pero qué haces?
- Has sido tú.
- Mira, no ha pasado nada y punto. Que no salga de aquí.

Salieron del agua serios y callados, se tumbaron en las tumbonas y no hablaron. Estaban nerviosos, ¿qué había ocurrido?

Esa noche, en sus casas, ninguno de los dos podían dormir, no había pasado nada importante, sólo... ¿se habían besado?

Desde ese momento las cosas no volvieron a ser las mismas. Hacían casi las mismas cosas que antes pero no era lo mismo, faltaba algo y sobraba el miedo a que volviera a pasar. Estaban fríos, distantes,... No, no era lo mismo. Había que hacer algo.

- Hola, ¿está Gema?
- Sí, ¿de parte de quién?
- De Javier.
- Sí, ¿Javier?
- Sí.
- Dime.
- ¿Podemos vernos a las seis en el pub?
- Sí, allí estaré.

Javier tenía que hacer algo porque lo que había pasado la semana anterior le comía por dentro, era una tontería pero... tenía que asegurarse de que él no... Y para eso necesitaba a Gema, una de sus mejores amigas, la persona que quería más a Javier en los dos sentidos, y él, por supuesto, lo sabía. Iba a pedirle salir, aunque en ese momento ni le gustaba ella ni nadie, era sólo para estar seguro y quedarse tranquilo de una vez por todas. Sabía que ese no era el modo de arreglar las cosas y que podía hacerle daño a una amiga, pero había que intentarlo para salir de dudas.

- ¡Hola!
- Hola Gema.

Se levantó y le dio dos besos, cosa que a la chica le resultó extraño.

- ¿Qué queréis tomar?
- Yo quiero un zumo de piña.
- Yo, una cola.
- Vale, en seguida lo traigo.
- Bueno, supongo que te preguntarás por qué estamos aquí...
- Pues sí, me extrañó mucho que me llamaras a mí para quedar a solas - esta palabra la dijo en un tono despectivo.
- Veras, quería decirte que me gustas mucho y eso...
- No, perdona, no.
- ¿No? ¿Por qué? ¿No te gustaba? Es que tú a mí sí.
- Mentira. Sé lo que vas a decir y antes de que la cagues deja que te diga algo: tú a mí me gustas mucho, y lo sabes y no deberías utilizarlo para hacerme daño. Pero sé de lo que vas y a lo que vas, crees que no te conozco pero no es así. Te voy a decir una cosa, sabes de más que tienes a mil niñas con las piernas abiertas a las que sólo con que les digas hola las haces felices por una semana. Pero te has equivocado

conmigo, ¿sabes?, yo tengo mi orgullo y no voy a dejar que te aproveches de mí de esta manera, eres un gilipollas que acaba de estropear una amistad.

Gema se levantó y se fue furiosa de allí, no sabía bien lo que pretendía Javier pidiéndole salir, pero si de algo estaba segura era de que iba a hacerle daño.

Javier se sentía un poco culpable, aunque parecía muy fuerte y deseaba sacarlo todo fuera. El problema era a quien se lo contaba y sólo se le ocurría una persona por muchas razones, Rodrigo. Él era el único que sabía lo del beso (por motivos obvios) y sabía que no se lo contaría a nadie ni se reiría. Tenía que hablar con él.

Rodrigo también había pensado mucho en el beso, pero la forma de pensar de él era distinta a la de su amigo. Él era más abierto y más liberal. Lo único que se cuestionaba era el por qué de ese beso, había sido un juego de su amigo, una broma, había sido sin querer, ¿por qué? Por qué si había sido algo más y por parte de los dos es que entonces... No sabía muy bien lo que había pasado ni lo que iba a pasar pero al contrario que su amigo a él no le importaba nada.

- Rodri, tenemos que hablar sobre eso.
- ¿ Sobre qué?
- Sobre eso, el día en mi casa...
- ¡Ah, ya! Pues cuando quieras.
- ¿ Esta tarde?
- No, no puedo,- contestó Rodri - estamos hasta arriba de exámenes y tú lo sabes, hasta dentro de dos semanas no creo que pueda quedar contigo. Bueno, el lunes en mi casa, comemos allí y hablamos. Mi madre tiene guardia y podremos hablar sin que nos escuche nadie, ¿ vale?
- Vale - dije con la boca chica.

Javier estaba agobiadísimo desde lo del beso y eso empezó a influir en su rendimiento negativamente, los profesores decidieron mandarlo a la psicóloga del colegio para que hiciera algo porque el chico en un mes estaba echando a perder el trabajo de todo un año.

En la primera sesión al principio no habló demasiado de lo que le pasaba pero en la siguiente habló un poco más y en la otra un poco más y más en la siguiente ... Así fue durante una semana. La semana anterior al lunes en la que iban a hablar...

- Oye, ¿qué me has hecho para comer?
- Macarrones.
- Ok.
- Todavía no están hechos pero no tardan.

Llegaron a la casa, Rodrigo sacó las llaves, abrió la puerta y dejó que pasase su amigo, tras de sí la cerró y fue en ese momento en el que Javi se puso un poco nervioso.

Dejaron las mochilas en una esquina y se dirigieron hacia la cocina para hacer la comida, allí empezaron la conversación:

- Y tú, ¿qué piensas de todo esto?
- A mí me da igual, no le doy importancia.
- Pues yo sí, ¿no entiendes que nos hemos besado?
- ¿Y tú que sólo ha sido un beso?
- ¿Pero cómo ocurrió? Porque yo ... a mí me gustan las tías y tú lo sabes, ¿verdad?
- Pero no te pongas así que no ha sido para tanto, a mí lo que en realidad me ha dolido ha sido que nada ha vuelto a ser lo mismo entre los dos.
- ¿A ... qué te refieres?
- Pues que hemos pasado de ser los mejores amigos durante cuatro años a ser unos desconocidos.
- ¿Qué quieres decir? - Javier estaba muy nervioso.

- Pues eso, que no somos los mismos. Que, bueno, sé que después de lo que te voy a decir voy a estar más lejos de mi objetivo, que volvamos a ser como antes, pero tío hemos estado juntos muchísimo tiempo y no me acostumbro a no tener a mi lado tu apoyo.
- ¿Qué? No me lo puedo creer, tú estas enamorado de mí, ¿no es eso? Claro, ahora encaja todo, ino fui yo, fuiste tú! ¡Ja! ¡Estaba seguro! Rodri, tío, tengo que irme.
- Oye, no, no has entendido lo que te he dicho, yo no...
- ... ¡Ja! ¡Eres gay! Se lo voy a contar a todo el mundo.
- Tío, ino! No soy gay, pero haz lo que quieras, siempre he sabido que tú y yo no pegábamos como amigos. ¡Pero mírate! Eres el hijo único, de una familia perfecta a la que nunca le ha faltado de nada. Sin embargo yo, me he criado solo con mi madre, que no ha parado de trabajar. Nunca me ha sobrado nada y menos los amigos, fui un gilipollas al creer que podía tener un buen amigo, pero ya veo que estaba equivocado. Tú no eres ese mejor amigo que busco.
- Oye, Rodri, tío, lo siento, es que ser gay sería ir en contra de todos mis principios y de los de mis padres y cuando me has dicho eso pensé que eras tú el que me había dado el beso y que yo no era ... Bueno supongo que volveré a estar en el interrogante pero podemos seguir siendo amigos, ¿no? Venga, dame un abrazo tío.

Los amigos se fundieron en un abrazo y en ese momento a Javier le recorrió un escalofrío a lo largo de toda la columna, su corazón empezó a latir más fuerte y le empezaron a sudar las manos.

Dos semanas después el curso acabó y el grupo se despidió, sería muy difícil volverse a ver cuando estuviesen cada uno en su sitio estudiando. Ese invierno empezarían las carreras y las licenciaturas.

Rodrigo y Javier se despidieron sabiendo que ya no podrían verse tanto como quisieran y que su amistad iba a peligrar, intentarían salvarla.

El día en el que Rodri se iba de viaje con Rocío, Javier fue a despedirlos. Vio como los dos entraban en el tren a colocar las maletas y bajaban de nuevo para despedirse de su amigo. Rocío abrazó a Javier, le dio dos besos y entró en el tren para dejarlos a solas. Javier no sabía muy bien que decir pero Rodrigo le hizo prometer que intentarían salvar su amistad. Se abrazaron, pero esta vez fue distinto porque se habían hecho mayores y sabían que ya nada volvería a ser igual.

Llegó la hora, Rodrigo entró en el tren y se sentó al lado de Rocío. El tren empezó a moverse y la pareja se despidió por última vez de su amigo tras los cristales.

Javier se quedó allí, quieto y mirando al tren hasta que este hubo desaparecido. Dos lágrimas rodaron mejillas abajo; no se había atrevido a decirle a Rodrigo que estaba enamorado de él.

MARÍA MONTERO ZALVIDEZ

